

## Epílogo

Para 1950 la burguesía industrial colombiana había consolidado su matrimonio político con la facción más militante, ideológica e inflexible en el Partido Conservador, aquella de Laureano Gómez.

Aunque Gómez tenía una vieja rivalidad con los Estados Unidos, los norteamericanos entendieron que él no sólo era un militante anticomunista sino que también le daría la bienvenida al capital extranjero. Gómez apoyó inclusive el envío de tropas colombianas a la Guerra de Corea para combatir a las fuerzas comunistas. A cambio obtuvo apoyo político de los Estados Unidos en el campo internacional, y armamento norteamericano para combatir y reprimir a la oposición en su país.

Durante su presidencia, Gómez desató una campaña de terror. La Violencia, una guerra civil que empezó como una confrontación entre conservadores y liberales, se agudizó. Incluso los líderes más importantes del Partido Liberal fueron perseguidos por el gobierno: dos de ellos, López Pumarejo y Lleras Restrepo, tuvieron que abandonar el país en 1952 después de que sus hogares fuesen atacados por hordas armadas y con la complicidad del gobierno. Ya que Gómez no gozaba de buena salud, había sido remplazado en sus funciones presidenciales por Roberto Urdaneta Arbeláez. Sin embargo, Gómez mantenía su influencia en las decisiones importantes del ejecutivo.

Los intentos de Gómez de perpetuar a su camarilla en el poder y de implementar un Estado corporatista siguiendo los modelos de Portugal y España alinearon a muchos en Colombia, incluyendo a miembros del Partido Conservador. La débil alianza entre Gómez y Ospina Pérez se rompió y este último apoyó el golpe de estado de junio de 1953. Gustavo Rojas Pinilla, comandante de las Fuerzas Armadas y viejo amigo de Ospina Pérez, fue encargado de tomar las riendas del poder.

Para 1953, la violencia se había transformado en lucha de clases y bandolerismo en las zonas rurales. Rojas Pinilla ofreció la amnistía a las bandas armadas de

campesinos. Éstos habían sido inicialmente apoyados por el Partido Liberal que rápidamente había perdido el control sobre estos grupos. Un buen número de rebeldes, especialmente en los Llanos Orientales, aceptó la oferta del gobierno. Una vez desmovilizados, varios de sus líderes fueron asesinados. Rojas Pinilla también reprimió la oposición en las ciudades e inclusive declaró fuera de la ley al Partido Comunista. Sin embargo, varios grupos guerrilleros en el campo continuaron su resistencia contra el gobierno, convirtiéndose en los orígenes de las guerrillas rurales que han dominado durante años buena parte del territorio nacional.

Desde 1955 Lleras Camargo y Gómez sostuvieron negociaciones en España donde acordaron regresar a un régimen civil y bipartidista. Entonces, cuando Rojas Pinilla estaba listo para ordenar una intervención oficial contra las empresas industriales más grandes, la ANDI respondió apoyando un paro patronal contra el gobierno. Las acciones de los empresarios y la oposición política existente contribuyeron al derrocamiento de Rojas Pinilla en mayo de 1957. Una Junta Militar bajo la influencia de políticos de ambos partidos gobernó a Colombia entre 1957 y 1958. Una nueva era de gobiernos bipartidistas, conocida como el Frente Nacional, comenzó en el país: los liberales y los conservadores se pusieron de acuerdo en alternar la Presidencia de la República cada cuatro años, y dividir milimétricamente entre ellos todas las posiciones oficiales, por elección o por nombramiento.

Los acuerdos entre los dos partidos fueron consolidados a finales de la década de los 50 y comienzos de los 60. Estos acuerdos reflejaban también una tregua muy importante entre los miembros de la burguesía colombiana, quienes se habían dado cuenta de que la violencia podía convertirse en un nuevo “Colombianazo”, y que éste no sería tan espontáneo ni tan corto como aquel de abril de 1948. La clase dominante no sólo aprendió de sus errores de la década de los 40, sino también que para comienzos de los 60 la Revolución Cubana ofrecía un nuevo modelo de desarrollo a través de América Latina. Pero lo que atemorizaba aún más a la burguesía colombiana sobre la Revolución Cubana, era el ejemplo de una nueva forma de vida que podría traer más igualdad y humanidad a su nación, un fin al sistema de privilegios e injusticias que los empresarios habían construido y querían preservar a cualquier costo.